

La desregularización de la familia y su relación con la interpretación de la cultura

Carlos Livacic Rojas*

Resumen

Los cambios que se dan hoy en día en la sociedad chilena, repercuten de manera sostenida en el sentido de la familia, así como, en las prioridades que se pueden establecer desde la perspectiva del primer agente socializador. La familia, no es un ente disociado de la acción base de toda sociedad, por lo tanto, todo cambio dentro de esta última, incidirá en ella.

Palabras clave: Familia, Sociedad, Regulación, Política y trabajo.

Dentro de los tiempos que corren, aún, y muy a pesar de los nuevos paradigmas o enfoques que puedan darse en la interpretación que se hace de los valores imperantes en nuestra sociedad, que están relacionados con el paradigma positivista, suele relacionarse a la palabra desregularización como una especie de desorden, de inacción, de camino o tiempo perdido, ya que usualmente, se tiende a estandarizar por parte de los grupos dominantes de cada sociedad; los movimientos, reacciones, formas de convivencia. Es así que han primado aquellas formas asociadas a ideologías que van naturalizando los fenómenos culturales y por tanto rigidizan su estudio.

Todos estos elementos se plantean sobre la base de las experiencias vividas de manera personal, que se pretende sean asumidas por el resto de las personas (los seres sociales), sin permitir que se entienda la interpretación del mundo de otro modo. La idea de dominación y supremacía de los valores, así como de la interpretación de la conducta colectiva, se hace desde una óptica muy restringida, y no teniendo una

idea amplia y actualizada de la transformación cultural que está operando en la realidad (que generalmente solemos suponer).

La construcción del mundo que nos toca asumir como (por) parte de los individuos que estamos insertos dentro de una sociedad y determinados por una cultura, no la debemos pensar de manera simple o unívoca, sino que, ha de tenerse presente, que si bien toda sociedad tiene un patrón que actúa como referente modelador de las diferentes acciones, éste, no es autónomo ni independiente de los fenómenos que ocurren a nivel planetario no posee una sola manera de asumirse, ni mucho menos, de representarse para todas las personas (los seres sociales) de manera única, sino que más bien, de tipo genérica.

De esta misma manera, es muy importante tener presente, que la determinación de una idea o interpretación de conducta o grupo social que se haga por parte de una determinada cultura, debe realizarse sobre la base o premisa, que toda acción que en el pasado o determinado tiempo se entendía por ejemplo como modelo de familia tra-

* Profesor de la Universidad Central, Profesor de educación básica, Licenciado en Educación, Diplomado en Estudios Sociales, Master en Estudios Sociales Aplicados y Doctor en Sociología, clivacicr@ucentral.cl

dicional, estaba definido por una serie de determinismos que si se analizan hoy, parecen de épocas paleolíticas o pretéritas, por lo tanto, la relación que se hace de este agente primario de socialización frente a esta variación, es una denominación de crisis, ya que se plantea con una lógica precedente diferente, distinta, pero no debiera ser excluyente. Por lo mismo, no se la logra ver como parte de un conjunto mayor que se encuentra en transformación e incluye los patrones culturales, ecológicos, políticos, económicos, es decir, requiere de una mirada más holística.

Es común recibir frases de tipo apológicas de parte de grupos con un determinado signo de influencia con características dogmáticas y poco reflexivas, que todo factor de comparación o análisis, deba hacerse o plantearse sobre la base de enfoques rígidos o tradicionales. Cualquier otro elemento ajeno a su punto de vista, es denostado o demonizado como una especie de ofensa pública, atentatoria a las buenas costumbres. Buenas costumbres que han sido transmitidas desde una cultura patriarcal según Capra citando a Merchant “al investigar las raíces de nuestro dilema ambiental y la relación de éste con la ciencia, la tecnología y la economía, tenemos que examinar otra vez la formación de una visión del mundo y de una ciencia que, concibiendo la realidad como una máquina y no como un organismo viviente, decretaron la dominación de la naturaleza y de la mujer por el hombre...” (Capra, F., 1992: pp. 43 y 44).

Esta sola idea o referencia, de lo que debemos entender o suponer como correcto, es lo que se contradice en gran medida, con la interpretación que se puede hacer de la cultura y todas sus variantes de tipo social. De este modo, podríamos afirmar de manera casi categórica, que la cultura tiene sin duda implicancias diversas en la vida de las personas (los seres sociales), la validez de la misma (cultura) en los seres sociales, podría entenderse como un cúmulo de

representaciones e interpretaciones por parte de todos los referentes sociales debidamente reconocidos y que interactuando entre todos, dan vida a lo que se entiende como socialmente admitido.

Al respecto, es interesante señalar que, la desregulación o multiplicidad de posibilidades como concepto de variación (inapropiado) no debiera constituirse como algo de bueno o malo. Quizás, lo que habría que hacer, es tratar de explicar que la variación que puede darse, entre una situación y otra, no es una situación que se pueda definir como algo tan simple o de manera general, por lo tanto, lo que algunos pueden atribuir con ciertas cualidades frente a un hecho social, otros, lo pueden encasillar de manera opuesta, ya que la definición que se hace en cierto modo, más que ubicarlos a un lado u otro, está definido y determinado por la construcción de la realidad que ellos hacen, por lo tanto, más que calificar o sancionar, es más adecuado frente a este escenario, conocer las diferentes características de las personas, en cuestión, antes de suponer causalidad al respecto.

La Desregulación en la Familia

Una manera de graficar lo anteriormente señalado es que, si bien, en una época algún hecho de connotación social que estaba definido o referido como responsabilidad de la familia tenía una sanción de tipo moral alto, con el tiempo este mismo hecho o situación va cambiando en la medida, que la coerción de tipo social o la interpretación del valor va cambiando por parte de la sociedad y los grupos que forman parte y se relacionan dentro de ella. Lo que en alguna época pudo ser el acabose para un grupo como expresión o manifestación de las tradiciones, con el correr de los años esta misma situación, tiene una connotación, interpretación y lógica de análisis completamente diferente. Por ejemplo, mientras en 1960 del total de nacimientos

registrados en nuestro país un 16% era fuera del matrimonio, en la primera década del año 2000, esto alcanza al 58%. Si en igual época (1960) sólo el 24,1% de cada mil matrimonios se anulaba, hoy, todo esto, hasta antes que entrará en vigencia la ley de divorcio en Chile, alcanzaba al 35,7%. Si en igual medida, seguimos comparando ambas épocas podemos decir que, en el año 1960 la tasa de fecundidad en nuestro país era de 5,4 hijos por familia, en la actualidad, ésta alcanza a 1,9 hijos, cifra 0,2 más baja que el promedio mundial. Cabe señalar también que, el 37% de la masa laboral chilena en la actualidad, corresponde a mujeres, cifra tremendamente superior al 12% de la década de los 60. Si consideramos que según los datos arrojados por el último censo (2002) el 31% de los hogares chilenos tiene como jefe de hogar a una mujer, al mismo tiempo que el censo ya no define familia.

Con estos antecedentes plasmados de manera cuantitativa, podríamos inferir además, que frente a la apertura de la sociedad en materia de acceso laboral, la premura de tiempo, el tipo de trabajo, legislación laboral, mayor retardo en la edad para contraer matrimonio, así como, la edad para ser padres, tanto en hombres y mujeres, más que hablar de desregulación de manera preocupante o catastrofista, habría que entender que, la sociedad se rige por nuevas formas de relacionarse y de desenvolverse por parte de los individuos, y que su vida, más que estar determinada por ciertas pautas asumidas por el imaginario colectivo, hoy, tienen ribetes más permisivos, lo que deriva a la larga a entender esta situación de cambio vertiginoso que se presenta en las sociedades modernas, dentro de las cuales, Chile no es la excepción. Estos cambios deben ser comprendidos para no traspasar a las personas las categorías que se usan en su clasificación para la entrega de bienes escasos, es decir, en nuestro país cuando hablamos de familias en riesgo social, implica que se realizaran

determinadas acciones en su favor, pero la terminología no debe ocuparse en el ámbito relacional, planos que se confunden con frecuencia y se generan interacciones que insegurizan la relación tanto para el trabajador social, como para la familia o persona individual clasificada con esa categoría (se producen interacciones basadas en el temor mutuo, más que en la confianza o la empatía).

Otra situación a considerar y que no es ajena a estos cambios las modalidades de comunicación existentes hoy en día a través de las nuevas tecnologías de información, cualquier proceso que ocurra a miles de kilómetros de distancia, puede ser conocido por todos nosotros y generar acciones, opiniones, compromisos personales o grupales, como por ejemplo lo que ocurre hoy en día con los Blogs, o con los matrimonios entre personas que se conocieron por Internet, a través de charlas en línea, o conocer el comportamiento de los mercados internacionales, las guerras, los procesos políticos o los problemas medioambientales. Lejos queda el noticiero “El mundo al instante” que se mostraba en los cines, y el instante que mostraban era pasado glorioso, por ahora, las conexiones son inmediatas, podemos ser testigos involuntarios de una torre desplomándose con un avión en su interior, como también podemos ver la caída de los símbolos, de la mentada seguridad ofrecida por la modernidad. Las instituciones tiemblan, pero siguen aferradas a sus dogmas y normas. No es solo la familia, es parte de un quehacer planetario.

La Desregulación de la Política

Aquí debemos poner atención a lo ocurrido en el mundo, la caída del muro abrió posibilidades políticas que aún están en proceso de ser comprendidas en su magnitud, es la desaparición “del contrario”, del objeto extraño, es el quiebre de las fronteras, son culturas que se encuentran, es un

nuevo éxodo que atraviesa continentes. Los únicos contendores de la otrora Guerra Fría son Estados Unidos y Cuba. Ahora los intereses políticos se relacionan con abiertamente con los intereses económicos representados por los combustibles fósiles. La guerra busca nuevos escenarios. La política se convierte y sus fines son conseguir tratados de libre comercio.

Estos nuevos espacios, insegurizan a las personas a la vez que estas desconfían de las instituciones sociales. Se produce distancia entre los viejos modelos políticos y las nuevas democracias de base, los intereses de ambos grupos están lejanos. Los medios hablan de crisis de participación. Más que eso, lo que opera en la realidad es una crisis de entendimiento y de escucharse mutuamente.

Estos indicios pueden estar dando cuenta de una crisis en el sistema de expertos (Giddens, A.: 1994), uno de los baluartes en los cuales descansa la modernidad, crisis que va tocando los diversos aspectos de la vida cotidiana, lo que recogía el PNUD (1998) el constatar que “el rasgo sobresaliente de la época es la mayor diferenciación de sistemas funcionales con reglas del juego específicas. Tanto el sistema económico como el de salud, de previsión o el mismo sistema político van conformando campos relativamente cerrados y autoreferidos. Al obedecer exclusivamente a sus propios códigos internos, dichos sistemas funcionales adquieren una autonomía desconocida hasta hace algunos años. Esta autonomía, cuando no se da en condiciones de complementariedad con la subjetividad de las personas, familia y comunidades, tiene una implicancia negativa para la seguridad”. (Informe PNUD, 1998,; p. 27).

Frente a la política, la relativización que existe hacia los responsables de ejercer este rol, suele ser motivo de constante cuestionamiento por parte de los que se entienden como los usuarios de dicho ejercicio, pero que en el papel cuestionan el proceder, así

como las prácticas que se dan al interior de ella. Del mismo modo, uno de los elementos más demandados y que en cierta medida se considera como variable de evaluación, es el resultado que se da entre los servidores públicos (nombre que se atribuyen los políticos de vocación o profesión frente a su quehacer) y los electores. De igual modo, podemos plantear que hoy por hoy, la política presenta una nueva manera de ser analizada por parte de la ciudadanía, por lo que su cuestionamiento resulta ser una práctica permanente frente a las diversas situaciones que les corresponde vivenciar dentro de su ejercicio.

Las incongruencias entre la práctica y el discurso de quienes son los elegidos por la ciudadanía, hoy presentan un escrutinio más directo, de mayor exposición, tal vez, de no mayor modificación a la hora de las votaciones, pero claramente, con una mirada más crítica, más usual de quien la ejerce, y no tan distante, ni de magnificencia como ocurría antaño. La idea de entender al político como un proveedor de ideas, que no cumple, lo hace más vulnerable a la consideración de los votantes. Este mismo hecho, en tiempos pretéritos, por parte de la clase política se podría haber entendido como una ofensa a su labor de personaje intocable.

Lo que durante un tiempo se entendió como una labor que se ejercía para colocar a las personas (partidarios o clientes) dentro de las diferentes reparticiones del Estado, hoy, aunque no es una práctica que esté ausente del todo, es claramente cuestionable a la hora de quienes la practican. La asociación que se hace entre ilícitos y personeros de la política, no es una idea que se entienda como lejana, en el imaginario colectivo de la ciudadanía en general. Es más, dentro de los diferentes estudios de opinión que se realizan cada cierto periodo, los políticos suelen ser los evaluados con las peores calificaciones, aunque en la práctica, y revisando el escenario en los últimos

años, la rotación que se produce al respecto, es demasiado poca. Y tiene que ver con la supremacía del sistema binominal por sobre otros sistemas más democráticos para la elección de representantes, situación que representa otra fuente de descreimiento de las posibilidades de participación ciudadana, ya que aunque su candidato saque mayoría de votos en su circunscripción y sea un “buen candidato”, si su lista no duplica a la lista contraria, puede quedar fuera. Este proceso se suma a lo que se escuchó durante 16 años de régimen militar “los políticos y la política son malos” y se pierde la conexión subjetiva de que la política hace las leyes que debo cumplir en mi cotidiano vivir y que un buen político que comprenda la realidad cotidiana en la que vivo propondrá mejores leyes.

Desde esta misma perspectiva, habría que señalar que los elementos que determinan la práctica política son los que han cambiado, más que la manera de realizar dichas acciones, la variación se suponía antaño en la determinación y la motivación que tenían quienes están en los círculos de poder, lo que en la actualidad inevitablemente han sufrido variaciones. Lo que en tiempos pasados se entendía como la base de la política, era la convicción y los valores que profesaban los diferentes partidos dentro de sus postulados, por lo tanto, la vinculación de los adherentes o militantes era de manera reivindicativa o determinista en la lucha de causas o en la mantención de las leyes, lo cual, llevaba a un debate y escarnio público dentro de esos tópicos.

Por el contrario, en la actualidad, la vinculación que se hace de la política y los valores, parece más una idea algo distante de lo que se aprecia del ejercicio político cotidiano, entendiéndose en la mayoría de los casos, que la política está más bien supeeditada al poder económico, por lo tanto, más que existir una lógica propositiva al respecto por parte de los partidos frente al

capital, es más bien, una lógica de alienación y alineación frente al hecho.

La asociación que existe entre política, corruptela o situaciones turbias, es creo, el reflejo de las variables que se han señalado a lo largo de estas líneas, y que lamentablemente, configuración una especie de idea general frente a cada nueva iniciativa que pueda existir al respecto.

La Desregulación del Trabajo

En lo que respecta al trabajo, que podríamos plantear como el Talón de Aquiles de las sociedades modernas, en lo que se entiende por parte de los sectores productivos (empresarios) y los costos asociados del proceso (producción), en relación con las ganancias que éstos esperan (empresarios) de dicha relación, está bastante distante de quienes realizan dichas labores y los poderes del Estado, que en la actualidad parecen caminos muy disímiles en su entendimiento, soluciones y puntos de encuentro sobre el particular.

La sola idea de costo, frente a la mal llamada flexibilidad, hasta el momento hace muy complicado el panorama entre los que dirigen y los que son dirigidos. Si a estos factores señalados anteriormente, le incorporamos el concepto de la “modernización y la globalización” tendría que suponerse sus implicancias en las nuevas formas de entender el trabajo, no hay vuelta atrás, por lo que todos los sectores apuntan a la minimización de los costos, a costa de maximizar las ganancias por parte de los productores.

Del mismo modo, hay que pensar que hace unos años la relación entre las partes (productores y trabajadores), era muy distinta a lo que se entiende hoy como relación de partes. La acción de los trabajadores se entendería como una evolución permanente dentro de cada organización, por lo tanto, la lógica de desarrollo y crecimiento de cada individuo al interior de las mismas, era algo

esperado y común dentro del mundo del trabajo.

Sin embargo, esta lógica de permanencia y desarrollo de los trabajadores dentro de las organizaciones, en la actualidad, parece no asociarse como práctica o señal de nuevos tiempos dentro de la sociedad moderna. La asociación sindical de las personas (trabajadores) antaño, era la base de las relaciones laborales, donde, el desarrollo de todos sus integrantes se suponía como la parte medular y propósito de toda organización productiva. Estos sindicatos en el plano de las relaciones laborales, van perdiendo significado desde la aplicación del Plan Laboral en Chile, a finales de la década de los setenta, ya que las nuevas reglas del juego privilegian la negociación individual, por sobre las colectivas y todo tipo de organización gremial pasa a ser de asociación voluntaria. Esta nueva dinámica ve desarrollando procesos de desencanto en los afiliados y las organizaciones pasan a no ser creíbles, lo que se suma a la rotación constante de trabajadores ante la oferta que supera la demanda de los mismos, desmembrando aún más los alicaídos sindicatos y este proceso no es a la par del inconsciente colectivo o de los procesos subjetivos. Lo que sin embargo en los tiempos actuales ha quedado relegado por la nueva manera de entender el mundo laboral, es la consideración del grupo, se sume en muchos casos, en pos de la realización individual y la acción de responsabilidad social de la empresa.

En la actualidad, la sola manera de operar, desde la lógica de la rentabilidad de las empresas, ayuda a explicar, que la evolución que se aprecia en materia de desarrollo integral por parte de la sociedad en estos términos, no es tal, y que sin darse cuenta, se ha acentuado la destrucción de los lazos de relación (asociatividad), por el logro personal, entendiendo la valoración de su función desde una perspectiva económica pro-

ductiva, y no, desde una idea de desarrollo social.

Las relaciones laborales, que suelen ser la base de la productividad y desarrollo de cada sociedad, no debiera entenderse desde la lógica económica productiva solamente, pueden ser atendibles elementos tales como la productividad, la eficiencia, la eficacia, de los procesos productivos, pero esta relación, no debe darse desde la destrucción de su capital máspreciado, que viene a ser el recurso humano que opera al interior de ellas.

Si muy por el contrario, junto con velar por parte de todos los estamentos que se relacionan dentro de este proceso, se consideraran las variables planteadas en el párrafo anterior, sin por eso, atentar de manera economicista por el normal y armónico desarrollo de la organización, podríamos quizás suponer, que en la medida que las organizaciones crecen, los trabajadores en igual medida se desarrollan y por ende, la sociedad de nutre de organizaciones productivas, mediante el uso armónico y efectivo de las partes.

La interpretación vertiginosa que se hace de la cultura, en este sentido, también tiene una relación con la idea de globalización. Cada sociedad en sí, en su dinámica de acción e interacción, no debe atentar contra las costumbres y los espacios propios de sus individuos. Por lo tanto, al estar expuesta cada sociedad al escrutinio del desarrollo desde la óptica de los países industrializados, se entiende que las naciones dependientes, empiezan a postergar sus creencias, en pos de una idea de integración, aceptando y adoptando a la vez, modos y procedimientos externos, como señal de convertibilidad y apertura en su afán de ser tomados en cuenta.

La manera de asociar las formas de actuar, sentir y percibir por parte de los individuos como representación clara de lo que es su cultura, pone en el tapete, que es

efectiva desde la globalización la cultura, ya que la apertura y la consideración de otras acciones como parte de su propio modo de vida, lleva a que los modos que en un tiempo se entendieron como originarios, hoy aparecen, como los primeros que quedan a un lado, ya que, no se entienden como parte de su construcción inmediata de la realidad, sea, porque se le considera arcaico o fuera de lugar.

Cabe hacer una reflexión acerca de los modelos que se han venido imponiendo desde hace unos 20 años, que apuntan a elevar la productividad de las empresas incorporando a los trabajadores, entre comillas, esta compulsión por imponer paradigmas que proceden de otras culturas atenta directamente con la forma de “hacer trabajo” en la vida cotidiana del recurso humano en Chile, se imponen nuevas culturas, especialmente en el modo hacer las cosas y las orientaciones varían según van apareciendo más modelos en el tapete. La globalización impone la aplicación de los modelos, tal es el caso de las ISO 9001, que se relaciona con el modelo de servicio al cliente, que pasa a ser una condición sine qua non para la certificación ISO, que permite insertarse en el mercado mundial con productos y servicios, donde el operar de la organización respecto al recurso humano se homologa con lo que ocurre en países de otros hemisferios (Albrecht, K.:1990). También tenemos el modelo de calidad total de Demmings (Walton, M.: 1988) que fue uno de los primeros modelos importados que se aplicaron en las empresas chilenas y que fracasó porque planteaba la generación de una cultura organizacional propia a través de la creación de círculos de calidad donde participaban desde los trabajadores hasta la alta gerencia, en la actualidad, podemos afirmar que, la idiosincrasia chilena con respecto al quehacer organizacional, aún está sujeta a los preceptos de Taylor y su management científico, donde el recurso humano era considerado sólo una

máquina, o mejor dicho, una pieza más del engranaje productivo, sin considerar para nada que estaba detrás de las máquinas. Este ethos tayloriano continúa en gloria y majestad y es por eso que a la hora de aplicar nuevos modelos importados se produce un profundo fracaso ya que las nuevas ideas se imponen a los trabajadores y empleados sin que estos tengan alguna injerencia en su aplicación, mas bien, deben seguir las nuevas normas como un piño de ovejas, que aunque les pasen a llevar su cultura y subculturas organizacionales ellos deben callar por temor al despido.

Otros modelos aplicados, después del fracaso de los anteriores es la reingeniería de procesos (Amér, M. y Champy, J.: 2001) que planteaban la reducción de los trabajadores al máximo para dejar en pocas manos de la alta gerencia la conducción de la empresa, a través de sofisticados aparatos computacionales, esto resultó en EEUU pero no en donde los niveles de cesantía son mayores y el gobierno aun propicia programas de desempleo dando franquicias a las empresas que toman cierta cantidad de trabajadores desempleados.

Esto lleva a pensar que la cultura organizacional que se desprenden de estos modelos a través de la readecuación de las misiones no se relaciona con la idiosincrasia del país, con las leyendas y mitos propios que se forman en la organización y que tienen que ver con la cultura cotidiana donde estamos insertos. Mientras estas formas de hacer organización laboral sigan siendo impuestas por el devenir del exitismo laboral de otras sociedades e impuesta a nosotros como la panacea del aumento de la productividad con un empleado pseudo esquizofrénico que debe desdoblar su personalidad al entrar al lugar de trabajo seguirá siendo un mal mayor en la sociedad ya que no solo no se considera al recurso humano como un todo sino que se sigue manteniendo la idea de que son partes

de un engranaje mayor y la cultura organizacional no los representa.

Trabajo Social; Desregulación e Intervención Profesional

El Trabajo Social en la acción profesional debe responder a una acción de proximidad entre las personas y las instituciones, y no siendo solo descriptores de lo que ocurre su alrededor. Las nuevas dinámicas relacionales en los diferentes ámbitos tendrán que formar parte de las nuevas currículas para generar comprensión tanto dentro de los estudiantes y los docentes, como en los lugares de trabajo de las nuevas generaciones.

El Trabajo Social profesional se sitúa en la actualidad en sociedades heterogéneas, “marcadas principalmente por el aumento de la desigualdad, las dificultades para el ejercicio pleno de derecho de la ciudadanía” (Castañeada, P., 2005: p. 75). Entre otros elementos. Algunas dimensiones de ésta situación, para no concebirla como crisis, es la exclusión progresiva de sectores más amplios, los marcos de relación entre el estado mercado y la sociedad civil. En este sentido nos debemos de preguntar acerca de como las propias sociedades enfrentan sus crisis de modernización resulta clave, porque en ellas las facetas singulares de contradicción aumentan en intensidad y precarización. Estos cambios han generado nuevos escenarios de intervención que llevan a “los trabajadores sociales y a sus centros de formación académica a concebir y fortalecer intervenciones e investigaciones que, comprendiendo la complejidad de estas condiciones, hagan emerger propuestas innovadoras en lo social” (Castañeada, P., 2005: p. 75).

Reconocer una “realidad” determinada eminentemente desregulada y no estandarizada en torno a cánones rígidos e inmutados, es reconocer una acción profesional desde la complejidad. El intervenir profesio-

sional emerge desde una primera aproximación como un referente único, que es capaz de contener el quehacer profesional que comúnmente se denomina práctica. La intervención profesional se constituye en un uno concreto y real pero desde una comprensión fragmentaria y no regulada y regida siempre por las normas y costumbres, pero no desde una experiencia vivencial de cada ser humano. Esta intervención profesional es una construcción vertiginosa “que involucra diversos matices, que se desarrolla entre las polaridades que oscilan desde la estandarización y rutinización hasta la innovación, la creatividad y la trasgresión.” (Castañeada P., 2005: p. 76).

Los marcos institucionales y de política social proporcionan una dimensión de interpretación funcionaria. Se definen desde fuera de los aportes de la profesión, otorgan una “caja de herramientas” procedimental que exige a los y a las trabajadoras sociales una respuesta técnica eficiente, base de su evaluación de desempeño posterior. En esta dimensión, por lo general, predominan lógicas vinculadas al referente estructural funcionalista. Pero no a engañarse, son en los espacios de intervención caso-familia, y comunidad, que nos damos cuenta, que a pesar del contenedor regulado institucional, los contenidos, las estrategias y las actividades, más que sólo operacionalizar se realizan al ritmo y comprensión que otorga la profesión.

La autonomía y la experticia técnica individual otorgan validez en la acción en la práctica profesional que se desarrolla en el marco de una dinámica en que convergen un desempeño estandarizado en torno a marcos institucionales y políticas sociales y los atributos de innovación y creatividad sobre la tarea asignada, que permiten optimizar y/o amplificar los ámbitos de influencia de la tarea profesional respecto de sus límites iniciales. Se puede reconocer la lógica estructural funcionalista, no obstante las demandas de un

mundo cambiante y complejo, llevan en la acción profesional a hacer innovaciones en materias metodológicas que reconocen la existencia de desregulaciones que se manifiestan en los distintos tipos de familias, en los diferentes tipos de relaciones contractuales en el mundo laboral, por ejemplo. Sin perjuicio de ello, una vez reconocidas el aporte de estas innovaciones se tienden a invisibilizar, toda vez que son recogidas por los referentes institucionales o programáticos, tanto por el “canibalismo institucional” como por la inseguridad y el miedo de no creer en la innovación. Muchas veces comprendemos las diferentes situaciones a las cuales nos enfrentamos e intentamos explicarlas desde nuestras prácticas, pero no nos atrevemos a impulsar innovaciones por falta de seguridad basal disciplinaria. “Las innovaciones que esta práctica profesional genera en los marcos institucionales y/o programáticos se conceptualiza desde el entorno” desregulado como un aporte vital, “propio de profesionales que valoran su quehacer, pero no demandan al programa ni a la institución aportes extraordinarios en su ejecución” (Castañeada, P., 2005: p. 78).

Al carecer de medida y valor desde una perspectiva económica, no se valora como aporte profesional especializado. Vivimos nuestra práctica en un mundo ya desregulado en la cual los cambios sobre la norma y la estandarización son la “normas” en las cuales los Trabajadores Sociales interactúan. Nuestra práctica profesional es en un mundo moderno que convive entre la regulación y la desregulación. “La concepción respecto desde la práctica va más allá de los límites que a menudo se imponen a la dimensión profesional y se instala con fuerza desde los ámbitos valóricos personales” (Castañeada, P., 2005: p. 79).

Por lo general se simboliza en el compromiso social como referente central y se traduce en una acción profesional que se involucra aceptando la realidad desregulada, no solo como una mera aceptación de

hecho de esas situaciones, sino que por el contrario, como una base e insumo de la misma intervención profesional.

Los avances profesionales de Trabajo Social se han desarrollado desde la intervención. “Esta es la que lidera la configuración de un saber-hacer profesional, capaz de navegar” en estas situaciones vertiginosas y desreguladas, que si bien en muchas veces son un freno para la necesaria reflexión, resultan de un valor incalculable, otorgándole “a la profesión la cualidad única de situarse en los límites en donde la realidad social se constituye y se reconstruye, siendo una testigo de la emergencia de nuevos fenómenos y procesos”.

Esta condición nos mantiene en una eterna tensión: por una parte el “repertorio procedimental se enriquece con aportes profesionales, programáticos e institucionales, que permiten amplificar especialmente su espectro de intervención, su capacidad de generación de conocimientos se debilita, evidenciando dificultades en la capacidad de configuración de nuevos saberes formales desde los referentes otorgados por la propia intervención. Como resultado de la paradoja, la profesión que posee un valioso acervo de saber hacer en torno a la intervención social, debe enmarcar sus procesos reflexivos desde marcos comprensivos disciplinarios que tienden a ser interpretados como lejanos, en la medida que si bien son capaces de explicar lo regulado, la regla, no contienen la excepción, siendo dicho atributo característico de una práctica profesional desarrollada en la contingencia” (Castañeada, P., 2005: p. 80), en la cual se convive en la desregulación.

Nuestro actuar es en un mundo cultural. Se encuentra enmarcado en la existencia de las manifestaciones culturales que caracterizan la relación de nuestro quehacer. Es necesario incorporar mayor formación en este sentido, partiendo por el uso del poder del lenguaje. Pertenece a un mundo individual construido en el lenguaje;

nuestro actuar en familia, caso, comunidad o grupo demuestran el poder del lenguaje y los resultados que observamos en cada una de las distintas dimensiones de intervención. La desregulación en lo que se puede denominar familia, en la política y en el trabajo no son ajenos a nuestra acción profesional, es nuestra acción. Nuestra vida profesional es en un mundo complejo que está en permanente tensión y que normalmente. “No sabemos cómo las cosas son. Sólo sabemos cómo las observamos o cómo las interpretamos. Vivimos en mundos interpretativos”. (Echeverría, R., 2005: p. 112).

En síntesis, y para poder cerrar esta idea del trabajo, tendríamos que señalar qué, la relación entre cultura y modos de actuar por parte de los seres sociales de una sociedad, hoy por hoy, resulta claramente, como uno de los elementos más difíciles de determinar, ya que la idea de identidad, en muchas ocasiones se supone a lo que determine la mayoría o los estamentos

que detentan el poder bajo determinadas influencias.

Es por esto, que la regulación como enfoque de la familia, la política, la cultura y el trabajo, se debe entender, como la relación y conexión que existen por parte de las entidades sociales y su entorno próximo. Ha de ser tema prioritario, la idea de asociación, por sobre la de individualización, con la idea que el Trabajo Social responda a una acción de proximidad entre las personas o seres humanos y las instituciones, y no como meros descriptores de lo que ocurre su alrededor.

La cultura debe ser el reflejo de sus habitantes y sus costumbres, validando sus modos y acciones como parte de su proceso de construcción de la realidad y no como la adquisición de elementos externos, que suelen determinar sus pautas de comportamiento.

Bibliografía

- Albrecht, K., “The Service Advantage, Dow Jones Irving”, 1998, Editorial Norma, 1988.
- Amér, M., y Champy, J., “Harper Publishers”, 2001.
- Capra, F. “El Punto Crucial”, 1992, Editorial Cuatro Estaciones, Argentina.
- Castañeda, P. y Otros, “Lógicas de Intervención Profesional de Trabajo Social. Una Experiencia de Reflexión Colectiva”, 2005, Valparaíso.
- Diario El Mercurio, Cuerpo A, Página 21, 5 de marzo de 2006.
- Echeverría, R., “Ontología del Lenguaje”, 2005, Granica, Buenos Aires.
- Giddens, A., “Consecuencias de la Modernidad”, 1994, Editorial Alianza, Madrid.
- Goleman, D., “Emocional Intelligence”, 1990, London.
- Informe PNUD Desarrollo Humano en Chile, “Las Paradojas de la Modernización”, 1998.